

Keith Stuart

El niño que quería construir
su mundo

Traducido del inglés por M.^a del Puerto Barrietabeña Diez

Alianza Editorial

Título original: *A Boy Made of Blocks*

Publicado originalmente en Reino Unido en 2016
en inglés por Sphere, un sello de Little,
Brown Book Group, Londres

Primera edición: 2017
Primera reimpresión: 2017

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

Copyright © Keith Stuart, 2016
© de la traducción: M.^a del Puerto Barruetabeña Díez, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9104-672-1
Depósito legal: M. 480-2017
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Morag, Zac y Albie; por todo.

En 2012 a uno de los dos hijos de Keith Stuart le dieron un diagnóstico abrumador: le anunciaron que estaba dentro del espectro autista. Las repercusiones que suponía algo así parecían insalvables entonces. Pero, en esa época, Keith empezó a jugar a los videojuegos, sobre todo a *Minecraft*, con sus dos hijos. Keith llevaba toda la vida jugando y desde 1995 se dedicaba a escribir sobre ellos, primero para revistas especializadas como *Edge* y *Official Playstation Magazine* y, durante los últimos diez años, para la sección de videojuegos de *The Guardian*, en donde asumió las labores de redactor jefe. El fructífero intercambio creativo y el inesperado florecimiento de la comunicación que se produjeron en su familia a raíz de los ratos de juego que compartían son el germen de la historia que se cuenta en *El niño que quería construir su mundo*.

Capítulo 1

ME HE SEPARADO.

Es lo primero que pienso al salir de casa, cruzar el camino de entrada y subirme a mi viejo coche familiar. Supongo que lo correcto sería decir «*nos* hemos separado», pero la verdad es que creo que todo esto tiene que ver solo conmigo, básicamente. Miro por el espejo retrovisor y veo a mi mujer, Jody, en el umbral, con el pelo largo despeinado y recogido de cualquier manera. A su lado, escondiendo la cara contra su costado, está nuestro hijo de ocho años, Sam. Él intenta taparse los ojos y las orejas a la vez, pero sé que no es porque no quiera verme marchar; se está anticipando al ruido del motor, que para él es demasiado fuerte.

Levanto la mano en un torpe gesto de disculpa, como el que se hace cuando accidentalmente apareces de improviso delante de alguien en un cruce. Después giro la llave en el contacto y me dispongo a salir despacio por el camino de entrada. Pero entonces veo a Jody junto a la ventanilla del conductor. Da unos golpecitos suaves y yo bajo el cristal.

—Cuídate, Alex —dice—. Intenta solucionar tus cosas... Deberías haberlo hecho hace años, cuando éramos felices. Tal vez si lo

hubieras solucionado entonces... no sé. Tal vez ahora seguiríamos siendo felices.

Tiene los ojos llenos de lágrimas; una cae y se la limpia bruscamente con el dorso de la mano. Después se me queda mirando y parece que la expresión de dolor y culpa de mi cara reduce su enfado. Su mirada húmeda se suaviza un poco.

—¿Te acuerdas de esas vacaciones en que nos fuimos de camping a Cumbria? —pregunta—. ¿Aquellas en las que unas cabras se comieron nuestra tienda y tú cogiste pie de trinchera? Pase lo que pase ahora, no puede ser tan malo como aquello, ¿no?

Asiento sin decir nada, pongo la marcha y salgo a la carretera. Cuando miro otra vez por el retrovisor, veo que Jody y Sam ya han entrado en casa y la puerta principal está cerrada.

Eso es todo. Tras diez años juntos, este podría ser el fin. Y ahora a mí no me queda más que alejarme en nuestro destartalado coche, sin tener ni idea de adónde voy.

SAM ERA UN bebé precioso. Siempre fue precioso. Nació con una espesa mata de pelo castaño y esos labios grandes y seductores, como un diminuto Mick Jagger incontinente.

Pero desde el principio fue un niño difícil. No quería comer, no dormía. Lloraba y lloraba; lloraba cuando Jody lo cogía en brazos y también cuando lo apartábamos de ella. Parecía furioso por estar en este mundo. Tenía ya más de un día de vida cuando por fin conseguimos que tomara y retuviera un poco de leche. Destrozada y desesperada, Jody lo sujetó contra su pecho y dio un grito por el alivio. Yo me quedé mirando, demacrado y confuso, agarrando con fuerza una bolsa de supermercado llena de chokolatinas y revistas, chucherías inútiles para la flamante madre. Y me di cuenta inmediatamente de que no había nada que yo pudiera traerle que

fuera a facilitarle las cosas. Eso era lo que había. Así era la vida ahora.

Fue un verdadero terremoto.

—PUEDES QUEDARTE TODO el tiempo que quieras, tío —dice Dan cuando aparezco en su piso, inevitablemente, veintitrés minutos después.

Sabía que Dan estaría ahí para apoyarme (o más bien sabía que estaría en casa un domingo por la tarde, porque era de esperar que se estuviera recuperando de algo: de la inauguración de un club, de una noche de sexo casual o de una emocionante combinación de ambas).

—Puedes dormir en la habitación de invitados —ofrece cuando entramos en el ascensor—. Tengo un colchón hinchable en alguna parte. Aunque creo que está pinchado. ¿No pierden todos el aire por alguna parte? ¿Has dormido en algún colchón hinchable que no estuviera pinchado? ¿Eh? Perdona, tío, no estás para pensar en esas cosas ahora. Lo entiendo.

Un momento después me encuentro plantado ante su puerta, desconcertado; en la mano la bolsa de deporte Nike en la que llevo toda mi ropa, el portátil, unos cuantos cedés (¿por qué?), un neceser y una foto que he cogido de Jody y Sam cuando estuvimos de vacaciones en Devon hace cuatro años. En la foto están sentados en una playa sonriendo, pero ese viaje no tuvo nada de feliz. Toda la semana fue una pesadilla total: a Sam le daban verdadero terror las gaviotas y no podía dormir en una cama extraña con una gruesa manta desconocida, así que tuvo que venirse a dormir con nosotros. Se revolvió en la cama sin parar y se despertaba continuamente por la noche (todas las noches) hasta que todos acabamos tan cansados que apenas podíamos salir de la caravana. Después de eso no volvimos a ir de vacaciones a ninguna parte.

—¿Quieres que salgamos por ahí y nos emborrachemos? —propone Dan.

—Yo... ¿te importa que suelte mis cosas en la habitación y después nos quedemos aquí tranquilos?

—No, claro. Voy a poner a hervir agua para el té. Creo que hay galletas por ahí. Estoy bastante seguro de que hay...

Dan se dirige a la cocina y yo entro en la habitación de invitados, dejo caer la bolsa en el suelo y me derrumbo sobre la silla que hay frente al ordenador. Durante un momento pienso en encenderlo y mandarle un *email* a Jody, pero solo me quedo mirando por la ventana. ¿Qué podría escribirle? «Hola, Jody. Siento haber jodido nuestro matrimonio. ¿Crees que podrías olvidar los últimos cinco años? Ja, ja, ja».

La verdad es que ya ni siquiera sé cómo hablar con ella, mucho menos qué escribirle. Básicamente nos hemos pasado todo nuestro matrimonio preocupándonos por Sam: sus rabietas, su silencio, los días en que nos gritaba, los días en que se escondía bajo su cama y se apartaba cada vez que intentábamos tocarle. Un día tras otro, días que se convirtieron en meses, todo el tiempo esperando poder anticipar la siguiente crisis. Y mientras intentábamos aprender a llevar todo eso, lo que teníamos Jody y yo se fue diluyendo. Ahora estar lejos de Sam, aunque solo llevemos unas horas separados, me resulta raro; la presión ya no está, pero su lugar lo está ocupando poco a poco el dolor. La naturaleza no soporta el vacío emocional.

Desde el piso de Dan, en la séptima planta de un elegante complejo residencial muy moderno situado en un extremo de la ciudad, se ve todo Bristol extendiéndose hacia el horizonte: un paisaje de chalés victorianos, agujas de iglesias y bloques de oficinas de los sesenta, todos apiñados como gente impaciente que va al trabajo por la mañana en transporte público. Hay miles de hogares ahí fuera,

cada uno con una familia; familias que en este momento no están separadas.

Empiezo a pensar que ir a tomar una copa puede que sea una buena idea. Pero justo cuando lo estoy pensando, noto que empiezo a ver borroso. Necesito unos segundos para darme cuenta de lo que está pasando. Oh. Oh, vaya, estoy llorando. Y entonces unas lágrimas gordas me corren por la cara dejando unos regueros calientes y húmedos, la nariz se me tapona por los mocos y noto que estoy temblando.

—Ya está el té —anuncia Dan desde el pasillo—. Creí que tenía galletas de chocolate, pero solo he encontrado un paquete de galletas Digestive. No sé si servirán...

Aparece en el umbral y me encuentra sentado en el suelo, al lado de la silla, con las piernas cruzadas, la cabeza entre las manos y sollozando inconsolablemente.

—Oh, vale, no te preocupes —dice dejando con cuidado el té en la mesa—. Voy a buscar mejor esas galletas de chocolate.

Decidimos no emborracharnos.

ESA NOCHE SUEÑO que me hundo en una ciénaga negra terrible de la que no puedo escapar. Cuando me despierto, boqueando para respirar, me digo que tiene que ser una manifestación desesperada de mi estado emocional, pero entonces me doy cuenta de que el colchón se está deshinchando con rapidez y que me estoy hundiendo literalmente. Y luego la gente no confía en el subconsciente...

«¿Cómo he acabado aquí?», me pregunto mientras el aire que se escapa del colchón hace unos leves ruiditos intermitentes, como un cachorrito con flatulencia. Todos sabemos cómo es eso de evaluar tu vida a las tres de la madrugada: todo se centra en los errores que has cometido, las fisuras del fracaso que se remontan en el tiempo como

grietas en una pared mal enyesada, que, incluso en la oscuridad, puedes ir siguiendo hasta su origen. O al menos crees que puedes, aunque normalmente resulta que el origen es esquivo y parece estar cada vez en un sitio diferente, como el pinchazo de un colchón hinchable. Los filósofos de la antigua Grecia decían eso de «conócete a ti mismo». Recuerdo cuando estudié a Edipo en la universidad: su peor crimen fue no saber que le habían separado de sus padres al nacer y que por eso debía tener mucho cuidado de no matar a hombres extraños en algún camino y de no tirarse a mujeres que le doblaban la edad. ¿Quién se conoce a sí mismo en realidad? Bueno, no quiero decir que todos vayamos a cometer errores como los de Edipo, eso es demasiado retorcido, pero, ¿quién sabe en realidad por qué hacemos las cosas que hacemos? Yo estoy atrapado en un trabajo que odio y además trabajo demasiado; cuando vuelvo a casa, ya de noche, me digo que es porque necesitamos el dinero, necesitamos seguridad. Sam tiene que ir al logopeda y Jody no puede trabajar porque él la necesita en todo momento. Es a ella a la que va a buscar corriendo cuando se asusta incluso de las cosas que él hace. Yo me quedo apartado, incómodo, preocupándome e intentando ofrecer una ayuda que no ayuda a nadie. ¿Cómo puedo volver a conectarlo todo?

No sé muy bien cómo, pero alrededor de las cuatro de la madrugada por fin logro entrar en un estado de semiinconsciencia que muy generosamente voy a llamar sueño. Poco después, aunque a mí me da la sensación de que han pasado solo unos minutos, ya es lunes por la mañana; la luz empieza a entrar a raudales por las persianas y Dan aparece en la puerta con unos bóxers negros de Calvin Klein, engullendo con ganas un cuenco de Frosties.

—¿Vas a ir a trabajar? —pregunta—. Te puedo dejar una llave. Yo tengo que irme en... no sé, diez minutos. Voy a ayudar a Craig

con una web que está haciendo para ese sello discográfico de Stokes Croft. Hay café y cereales, si te apetecen. ¿Estás bien? Se te ve un poco mejor. Bueno, tienes una pinta horrible, pero al menos ya no estás llorando.

Se va a la ducha. Miro mi teléfono: tengo dos mensajes, pero ninguno de los dos es de Jody. Son de Daryl, del trabajo. Uno dice: Mueve el culo y ven al trabajo, tengo dos víctimas para ti. El siguiente dice: Perdón, quería decir «clientes». Borro los dos mensajes.

UN RATO DESPUÉS estoy vestido y en la calle, cruzando despacio la ciudad. El sol, que no está muy alto sobre el horizonte, se refleja en el cristal y el pulido hormigón de los edificios de apartamentos. Hace veinte años esa zona estaba llena de fábricas medio derruidas y parcelas vacías atestadas de basura y de malas hierbas que lo invadían todo. Después la economía dio un vuelco y de repente esos solares se convirtieron en propiedades de primer nivel. En un abrir y cerrar de ojos allí se construyó una zona residencial futurista, una enorme placa base de la que surgían bloques de viviendas pseudobrutalistas saturados de microapartamentos para profesionales en ciernes.

He conocido a muchos de ellos. Los he ayudado a vivir ahí. Yo trabajo, supongo que para expiar los pecados que cometí en alguna vida anterior, como asesor hipotecario. Mi trabajo consiste en contrastar las esperanzas y los sueños de nuestros clientes con el mercado inmobiliario y los ahorros que han logrado reunir. En otras palabras, ayudo a que la gente cambie todo lo que va a ganar en mucho tiempo por un estudio en el que no se puede colgar ni la foto de un gato que te has descargado en el *smartphone*. Es un trabajo extrañamente paternalista: vamos a ver lo que tienes y lo que te puedes permitir; no nos pasemos, hay que ser sensato. ¿Qué activos tienes? ¿Tienes parientes ricos? Después revisamos juntos el presupuesto.

Parejas jóvenes que se acaban de casar o que tienen un bebé en camino reúnen sus escasos recursos y me miran llenos de una esperanza patética. ¿Es suficiente? Muchas veces no lo es. La única respuesta que puedo darles es que se queden de alquiler unos cuantos años más, que ahorren. Hago esas cosas todos los días. El sistema es una locura: hay barrios enteros en los que la gente joven no tiene ni la más mínima oportunidad de comprar. No les queda más que irse cada vez más lejos de sus familias, no sé adónde.

Llevo en este trabajo ocho años y he visto pasar el *boom*, la crisis y ahora la incipiente recuperación. Al principio me metí en esto como algo provisional; un trabajo de oficina para pagar las facturas hasta que saliera algo mejor. Pero me fui forjando una carrera y ya no pude irme. Al parecer se me da bien: soy comprensivo con los pobres y servicial con los ricos. Tengo mucha paciencia con los clientes que no entienden de lo que hablan (una capacidad que adquirí en los tres años que pasé debatiendo sobre filosofía con gente que pensaba que Nietzsche tenía parte de razón). Cuando los números cuadran, puedo cerrar la operación; cuando no, le quito la ilusión al cliente con delicadeza. Pero lo que pasa en mi casa *no* puedo arreglarlo con un ordenador y acceso al mercado nacional de las hipotecas.

No puedo arreglarlo de ninguna manera.

UN CORTO PASEO por el río Avon y por el puerto y llego a mi lugar de trabajo: una pequeña inmobiliaria independiente que se llama Stonewicks, cuya oficina está encajada entre un *pub* y una tienda de sándwiches en un barrio transitado pero poco elegante del centro de la ciudad. Daryl ya está allí, sentado al lado de la ventana. Su traje barato de Top Man irradia electricidad estática mientras el pelo húmedo y de punta se le va marchitando por el efecto del sol que traspasa el cristal.

—¿Todo bien, tío? —pregunta desde su mesa, sin apartar la vista del ordenador.

Daryl tiene veintipocos y transmite un aire de estudiada determinación que consigue combinar con una irritante alegría que mantiene en todo momento. Ese tío está hecho para ser agente inmobiliario, no podría (literalmente) trabajar en otra cosa. Tiene guardada en alguna parte de su ordenador una hoja de cálculo con sus objetivos de venta para los próximos treinta años. Hace sonar la maldita bocina de una bicicleta cuando cierra la venta de una propiedad. Es casi trágico que Daryl naciera en los noventa y no a finales de los sesenta. Debería haber sido de las juventudes de la Thatcher. Se merece una agenda con tapas de cuero que casi no pueda cerrar y un Golf GTI. Pero lo que tiene es un *smartphone* y un Corsa. Lo siento mucho por él.

Balbuceo una respuesta por educación y subo esas escaleras que crujen hasta mi despacho. Y entonces llamo a Jody.

—Hola, soy yo.

—Hola.

—¿Cómo van las cosas? ¿Cómo está Sam?

—Está bien. Está en el colegio. Ha estado llorando todo el camino hasta allí, a pesar de que he hecho las imitaciones de *Toy Story*. Me ha dado un puñetazo en la boca cuando estaba haciendo de Buzz Lightyear. No es la que mejor me sale, la verdad. La señora Anson ha dicho que estaría pendiente.

—¿Y *tú* estás bien?

Una larga pausa. Jeanette, la secretaria, asoma la cabeza por la puerta y me hace el gesto de beber de una taza. Yo asiento y levanto el pulgar.

El despacho es espartano. El suelo está cubierto por una gastada alfombra burdeos y hay una ventana sucia que da al pequeño

aparcamiento detrás de nuestro edificio. Antes en la pared había un cuadro con una imagen del Bristol victoriano, pero lo quité y colgué una fotografía de Villa Saboya de Le Corbusier para sentirme más listo y fastidiar a todos los demás. También hay un archivador coronado por una docena de tarjetas de agradecimiento de parejas jóvenes que se han lanzado al mundo con unas deudas enormes.

—¿Qué vamos a hacer? —dice Jody.

—No lo sé. Perdona, pero es que nunca me he ido de casa antes. Oye, tengo que dejarte. Acaba de llegar una pareja.

Cuelgo bruscamente el teléfono y en ese momento llega Jeanette con el té. Deja la taza en la mesa sin decir nada, me lanza una mirada comprensiva y se va. Lo ha oído todo. El resto de la oficina sabrá dentro de diez minutos que he dejado a mi mujer y a mi hijo autista.

Pienso que puedo dejar de lado mi desastre doméstico por unas horas, pero me equivoco. Una hora después voy al centro a comer y entro en una cafetería que vende sándwiches a la que Jody y yo llevamos a veces a Sam. En medio del trajín de mediodía veo a Jody, sentada en una mesa con su amiga Clare. Están un poco inclinadas sobre la mesa, con aire conspirador, y entre ellas hay dos *caffè latte* medianos. Me acerco, abriéndome paso como puedo entre madres jóvenes y estudiantes. No me han visto.

—Está completamente desconectado —está diciendo Jody—. No puedo contar con él para nada en casa. Siempre tiene que ocuparse de otra cosa.

—¿Y no ha pensado en ir a terapia? —pregunta Clare—. Me refero a si ha intentado enfrentarse de alguna manera a lo que le pasó.

Claro, Jody y Clare se lo cuentan *todo*; han quedado allí a la hora de comer para hacerle la autopsia a nuestra relación. Comparten una franqueza sin reservas que les sale natural, algo que la mayoría

de los hombres son incapaces de conseguir. Es eso de: «Tienes que probar la tarta de limón, está deliciosa. Y oye, por cierto, cuéntame lo de la apocalíptica desintegración emocional de tu matrimonio de nueve años».

—Hola —saludo patéticamente.

Las dos levantan la vista, un poco sorprendidas.

—Oh, hola, Alex —saluda Clare—. Estábamos hablando de ti precisamente.

—Lo he oído —confieso—. ¿Puedo hablar un momento con Jody?

—Claro. Yo tengo que irme ya de todas formas. Jody, te veo en otro momento, ¿vale?

Jody asiente sin decir nada y yo me siento. Ella juguetea con un sobrecito de azúcar vacío que hay junto a su taza.

—Veo que Clare ya lo sabe todo.

—Sí, estaba mal y necesitaba hablar con mi amiga, Alex. *Nosotros* no hablamos. No puedo seguir viviendo así. Estoy muy cansada. Estoy muy cansada de todo eso.

—Lo sé, lo sé. He tenido que pasar mucho tiempo en el trabajo, eso es todo. Estamos soportando mucha presión. Siento no haber estado ahí para ti y para Sam y no haberte ayudado a cuidarle. Es que es todo tan...

—¿Duro? —termina Jody—. Sí que lo es, Alex. Es muy duro, joder. Pero tu hijo te necesita.

—¿Sabes esas veces que está bien varias semanas? Es adorable. Y entonces de repente, sin saber por qué, vuelta a empezar. Eso es lo peor. Siempre creo que hemos pasado la parte mala pero después... Es todo eso y el trabajo...

—Oh, Alex, no es el trabajo. Eres tú.

—Lo sé.

—Es por eso, Alex. Es por eso por lo que necesito tiempo. Sam no puede soportar que nos estemos gritando todo el tiempo. Mi madre se ha ofrecido a venirse unos días si necesito ayuda y Clare está ahí también. Tú tienes que solucionar tus cosas.

—¿Y Sam? ¿Y lo del colegio? Solo tenemos unos meses para pensar si queremos cambiarlo a otro sitio.

«¿Y Sam?». Cuánto eco ha tenido esa pregunta en nuestras vidas. Sam es el planeta de preocupación y confusión alrededor del que hemos estado orbitando la mayor parte de nuestra relación. El año pasado, tras interminables meses de pruebas y entrevistas, el pediatra nos dijo que nuestro hijo se encuentra en el extremo de menor afectación del espectro autista. El extremo de alto funcionamiento. El extremo fácil. El extremo poco profundo. Tiene problemas con el lenguaje, miedo a las interacciones sociales, odia el ruido, está obsesionado con ciertas cosas y se pone agresivo cuando las situaciones le confunden o le asustan. Pero el mensaje subyacente del diagnóstico parecía ser: vosotros lo tenéis fácil en comparación con otros padres.

Y sí, hay que reconocer que el diagnóstico fue un alivio. ¡Una etiqueta por fin! Cuando chilla y se pelea con nosotros de camino al colegio, cuando se esconde bajo la mesa en los restaurantes, cuando se niega a abrazar o a tratar con parientes o amigos, con cualquiera que no sea Jody, es por el autismo. El autismo es el culpable. He empezado a ver el autismo como una especie de espíritu maligno, un *poltergeist*, un demonio. A veces realmente es como *El exorcista*; hay días en los que no me sorprendería que su cabeza empezara a girar 360 grados a toda velocidad mientras vomita una sustancia verde por toda la habitación. Al menos podría decir: «Vale, es el autismo. Y esa cosa verde se limpia con un poco de agua caliente». Pero las etiquetas tienen sus limitaciones. No te ayudan a dormir, no evitan que te enfades o te frustres cuando te tira algo o cuando lo rompe,

ni que te agobies por tu hijo y por cómo va a ser su vida, por lo que le pasará dentro de diez, veinte o treinta años. Por culpa del autismo ya no hay Jody y yo; solo hay Jody, yo y el problema de Sam. Esa es la sensación que tengo. Pero no puedo decirlo. Casi no puedo ni pensarlo.

—Con Sam y todo... —No puedo acabar la frase, pero eso es suficiente.

—Lo sé. Pero *tú* necesitas ayuda. O necesitas empezar a solucionar tus cosas. ¿Por qué no vienes a verle el sábado? Ven y llévatelo a alguna parte.

Toqueteo el teléfono y lo hago girar en la mano. Mentalmente veo a Sam en el parque, llorando, huyendo de mí, escapándose por la puerta y alejándose corriendo hacia la carretera.

—No sé si podré. Tal vez me necesiten en el trabajo. —Entonces veo hielo en los ojos de Jody, un destello de furia evidente incluso en medio del ajetreo de la cafetería—. Pero ya lo arreglaré. Iré, claro —rectifico.

—Podemos hablar de lo del colegio entonces.

—Vale, me parece bien.

—Adiós, Alex. Cuídate.

—Tú también. Lo siento. Lo siento mucho.

Capítulo 2

ME DESPIERTO SOBRESALTADO. Estaba soñando con mi hermano George de nuevo. Estoy cubierto de sudor y respiro con dificultad. Intento extender el brazo en busca del cuerpo de Jody, pero el colchón se ha desinflado mientras dormía y el brazo ha quedado atrapado entre mi cuerpo y el suelo, así que lo tengo completamente dormido. En medio de un ataque de pánico me incorporo para sentarme y me giro bruscamente, lo que resulta en que mi extremidad inútil golpea primero la pared y después la pata del escritorio de Dan. Necesito unos minutos para recuperar la sensación en el brazo y también para darme cuenta de que no estoy en casa, que estoy en el piso de Dan, en la habitación de invitados, solo. El colchón hace un patético ruido que suena como una pedorreta y siento como si se estuviera burlando de mí.

ES VIERNES POR la mañana. Dan está cantando *Shake It Off* de Taylor Swift en el baño y no quiero ni pensar si estará acompañando su interpretación musical con alguna acción en consonancia. Me levanto, busco en mi bolsa algo de ropa que ponerme y salgo al salón, que tiene unas cristaleras que dan a un diminuto balcón en el que Dan

ha conseguido encajar dos tumbonas de playa. En una esquina hay una minicocina con un fogón con horno incorporado, un frigorífico, una lavadora y el fregadero, todo de un blanco immaculado. Dan no los usa mucho. El resto de la habitación es una caótica mezcla de muebles de Ikea, cómics, mandos de la consola y elementos del equipo de música. Hay una televisión LED de cincuenta y dos pulgadas que ocupa la mayor parte de una pared. *Grand Theft Auto V* está en pausa en la pantalla, a medio tiroteo. Si la gente que diseñó el apartamento pudiera ver a Dan y cómo vive, chocarían los cinco y se darían palmaditas entre ellos, encantados; él es exactamente el tipo de hombre joven y moderno que tenían en mente cuando lo planificaron. El tipo de tío al que no le importa que sea físicamente imposible abrir la puerta del frigorífico y la del horno al mismo tiempo. Ni tampoco que no quepa un recipiente para remojar los platos de tamaño normal en el fregadero. Dan tiene un recipiente de margarina grande; para él es suficiente, porque lo único que friega son tazas. Come fuera o se trae comida preparada: sopa o *noodles* japoneses. No entiendo muy bien qué coño hace para poder permitirse un piso de soltero de ensueño como este. Y me da un poco de vértigo ver cómo vive, pasando sin más de un proyecto a otro según van surgiendo, siempre en el borde del precipicio de la economía moderna. Yo no podría hacerlo. Ahora no. Después de George (de lo que le pasó a George), perdí totalmente de vista mis ambiciones. Todo se volvió oscuro, y las posibilidades me resultaban tan asfixiantes como los muros de una prisión. Pasé por la universidad como un zombi y después he ido rebotando de un trabajo seguro e insustancial a otro exactamente igual. Sin embargo Dan siempre tiene algún amigo en diferentes agencias creativas que le llama para que colabore en el lanzamiento de no sé qué web, en la inauguración de algún club o en el diseño del interior de una nueva tienda. No sé exactamente cómo